

NECROLOGICA

ALEXIS CARREL

(1873 - 1944)

El 5 de noviembre de este año se ha extinguido en París la vida del doctor Alexis Carrel, una de las personalidades más curiosas y sobresalientes de estos últimos tiempos en el terreno de la ciencia experimental.

Cirujano insigne, biólogo admirable y filósofo penetrante, su vida estuvo dedicada por entero a la ciencia y a observar el "ancho mundo", como él llamaba a la sociedad en que el hombre discurre como "un desconocido".

Este ilustre francés había nacido en Sainte-Foy-lès-Lyón el 28 de junio de 1873. En 1890 se gradúa en Lyon de bachiller en letras. Al año siguiente obtiene en Dijón el diploma de bachiller en ciencias. Regresa a Lyon y estudia la carrera médica, graduándose de doctor en medicina en 1900.

Desde estudiante se reveló un cirujano hábil, cualidad que aplicó durante el desempeño de un cargo de practicante interno en un hospital de Lyon (1896-1900). Habida cuenta de su pericia quirúrgica se lo nombró ayudante anatómico en la misma Universidad que acababa de contarle entre sus alumnos, cargo que desempeñó desde 1900 hasta 1902.

En este último año llamó la atención en las esferas médicas de todo el mundo con la publicación de un trabajo en que divulgaba una técnica propia para suturar los vasos sanguíneos.

En 1905, siendo ya un cirujano famoso, resuelve trasladarse a los Estados Unidos, que sería desde ese año su segunda patria. Un año después es llamado a integrar el personal científico del Instituto Rockefeller, comenzando a la sazón una época fecunda de su vida.

Encara con técnica rigurosa trabajos biológicos que le dieron fama universal. De esa suerte, en 1912 le fué otorgado el premio Nobel para la medicina por sus trabajos sobre sutura de vasos sanguíneos y trasplante de órganos.

Al estallar la primera guerra europea se traslada en 1914 a su patria con el propósito de servirla, a fuer de buen ciudadano. Actúa como cirujano militar en los hospitales de sangre. Pero su contribución memorable, durante esa actuación, consistió en su método de curación de las heridas infectadas. Desde entonces la irrigación continua con la llamada solución Dakin-Carrel resolvió un problema reputado insoluble.

Poco después de firmarse el armisticio regresa a los Estados Unidos. Pero antes (1919) lo encontramos en Belfast, Irlanda, donde se le confiere el título de doctor en medicina con la especialización en cirugía de los vasos sanguíneos.

Ya en los Estados Unidos reasume su cargo de jefe de la división de ci-

rugía experimental en el Instituto Rockefeller. Carrel prosigue intensamente sus estudios y trabajos biológicos.

Entretanto, muchas universidades y sociedades científicas de Europa y América le confieren grados honoríficos. Entre esas distinciones merece citarse el nombramiento de miembro ordinario de la Academia Pontificia de Ciencias. También los gobiernos extranjeros le otorgan condecoraciones.

En 1939, luego de cumplir una obra fecunda, se retira de la Institución Rockefeller y, estallada la segunda guerra europea, decide servir nuevamente a su patria. Allí se le encomienda el estudio de problemas relacionados con la sanidad y la desnutrición de la niñez francesa.

Carrel, además de ser conocido por sus trabajos quirúrgicos y biológicos, lo es también por su ideario acerca del hombre y la sociedad divulgado en su libro *Man the Unknown*, traducido al castellano con el título de *La Incógnita del Hombre*. En sus páginas, Carrel demuestra que el hombre no se conoce bien en sus actividades fisiológicas y mentales. Debido a ese desconocimiento de su naturaleza vive en contra de sí mismo, y está siendo destruido por la civilización y la técnica en boga. Carrel demuestra lo que es en realidad el hombre y enseña los medios conducentes a su salvación.

Las conclusiones expuestas en dicha obra, universalmente conocida, han sido discutidas. Sin embargo, preponderan los juicios elogiosos y hasta admirativos. El conocido escritor yanqui Will Durant ha dicho: "Es la obra más profunda, sabia y valiosa de la literatura norteamericana de nuestro siglo".

En la imposibilidad de reseñar en una nota los importantes trabajos de Alexis Carrel, esperamos publicar en el próximo número de esta misma Revista un estudio acerca de la obra y el ideario de este científico eminente.

JOSE M. GENTILE

IGNACIO BOLIVAR URRUTIA

(1850 - 1944)

Profundo duelo ha de causar entre los naturalistas de todo el mundo el fallecimiento del profesor Dr. Ignacio Bolívar Urrutia, acaecido en México el 18 de noviembre de 1944.

Era el suyo un nombre que figuraba internacionalmente al lado de los grandes entomólogos, y en España, su patria, se halla sólidamente vinculado desde hace seis décadas a las mejores manifestaciones y adelantos de los estudios zoológicos. Por eso deja al morir una numerosa pléyade de discípulos aprovechados.

Había nacido en Madrid el 9 de noviembre de 1850. Estudió la carrera de derecho hasta obtener el título de licenciado, lo cual presuntivamente revela, a quien revisa desde lejos su trayectoria, que la vocación del naturalista no se había manifestado aún con aquella fuerza ahincada que caracterizaría más tarde la obra de toda su vida. Sin embargo, lo vemos cuando aún no tenía veintiún años entre los socios fundadores de la benemérita Sociedad Española de Historia Natural.

Más tarde, pues, aparece decididamente el naturalista. En 1875 es nombrado, mediante oposición, ayudante del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Entretanto, estudia ciencias naturales en las que se doctoró en 1877. En este mismo año gana por oposición la cátedra de Entomología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central.

Comienza desde entonces la tarea de su vida, esto es la de maestro e investigador. Cumplía el cargo de enseñar con iluminado espíritu y hondo saber. Su exposición era clara y amaba entrañablemente a la juventud. Como buen maestro formó escuela, una escuela naturalista justamente nombrada.

Su cátedra, gracias a su empeño tesonero, pudo contar con un laboratorio bien organizado, en el que de continuo se veían a numerosos alumnos trabajando bajo su generosa dirección.

Durante sus primeros años de profesorado se le nombró jefe de la Sección Entomología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, siendo más tarde director del mismo. Dicho museo le debe el importante gabinete entomológico con que cuenta.

Por aquellos años comenzó a publicar sus trabajos entomológicos. Su especialización era en Ortópteros y Hemípteros, aun cuando le sedujeron también los Crustáceos.

Cuando aún era estudiante, en 1876, publicó sus "Apuntes acerca de la caza y conservación de los insectos". En 1879 publica un nomenclador de los hemípteros españoles. A él se debe también el clásico nomenclador de los ortópteros de la fauna ibérica, publicado en 1900. Sus trabajos y memorias ven la luz en numerosas revistas españolas y extranjeras, las que buscan su colaboración. Interviene con su autoridad de especialista en el **Genera Insectorum**, que se publica en Bruselas.

Entre sus trabajos notables figuran las monografías sobre **Pirgomor-**

finos, *Tettiginos* y *Mecopodinos*. También publica algunas obras didácticas, tales como su *Manual de Zoología*, acompañado de un atlas (1885), en colaboración con los naturalistas Quiroga y Calderón; *Elementos de Historia Natural* (1895), en colaboración con Calderón, y *Nuevos elementos de Historia Natural* (1900).

Ha contribuido al estudio de las colecciones ortopterológicas de los museos de Lisboa, París, Bruselas, Ginebra, Amsterdam, Génova, Oxford y otros. El resultado de tantas observaciones y análisis son el conocimiento y denominación de un número considerable de géneros y especies nuevos.

Labor tan numerosa y sapiente, rodeó a su personalidad de extraordinario prestigio. Ya se le considera uno de los primeros entomólogos de Europa.

Atraído por su afán incontinente de ampliar sus estudios viaja mucho por España y el norte de Africa, publicando los resultados de tales excursiones.

Numerosas corporaciones científicas le cuentan en su seno. Fué uno de los fundadores de la famosa Sociedad Española de Historia Natural que nació el 8 de febrero de 1871 y en cuyo boletín publicaron sus trabajos casi todos los buenos naturalistas españoles. Es miembro de muchas sociedades y academias científicas, entre ellas la Sociedad Científica Argentina y Sociedad Entomológica Argentina. Ha representado a su patria, además, en varios congresos.

Aparte de su condición de investigador y maestro, al doctor Bolívar podríamos añadir el título de educador. Fué consejero de instrucción pública y decano de la Facultad de Ciencias de su Universidad de Madrid. Desde este cargo colaboró señaladamente en la reforma de los planes de estudios de esa misma facultad. Contribuyó con el magisterio de sus obras y su labor universitaria a la modernización de la enseñanza de la historia natural en España.

Cuando le correspondió el momento de jubilarse en su cátedra de la Universidad de Madrid, cumplida ya la edad reglamentaria, prefirió continuar su actividad docente, lo cual revela la vehemencia de su vocación. El profesor Bolívar prosiguió sus menesteres predilectos, buscando nuevos adeptos para su escuela naturalista.

En 1929 la Academia de Ciencias de Madrid le honró otorgándole la medalla Echegaray, con cuyo motivo se suscitó un grandioso homenaje cuya expresión máxima fué el ofrecimiento por la Sociedad Española de Historia Natural de un magnífico volumen que reunía los trabajos dedicatorios de 106 naturalistas de todo el mundo.

Al año siguiente, próximo a doblar el cabo de los ochenta años, ingresó a la Academia Española.

Pero pronto su existencia iba a sufrir una interferencia dolorosa. La guerra civil española vino a quebrar su labor en su patria, viéndose obligado por razones políticas a buscar refugio en nuestro continente. Llegó a México en compañía de otros intelectuales y profesores, algunos de ellos discípulos suyos. Allí fundó, en marzo de 1940, la conocida revista "Ciencia" ("revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas"), conjuntamente con los profesores Cándido Bolívar Pieltain, Isaac Costero y Francisco Giral. El doctor Ignacio Bolívar Urrutia fué su director hasta que la muerte vino a interrumpir definitivamente una vida fecunda que ya había cumplido noventa y cuatro años y que aún anhelaba bregar en pro de las ciencias naturales.